

Consuelo

Mi tía ha regresado.
De nuevo tiene ochenta y cuatro años
y vuelve a estar viva.
Dice: *Sé que son mentira las gitanas
que pasean sus carritos de bebé por el jardín,
mentira los hombres escondidos
detrás de las cortinas de mi cuarto.
Me explicáis que son efecto
de mis pastillas contra el avance del Parkinson.
Y os creo. ¿Por qué ibais a mentirme si me amáis?*

*Pero a vosotros, ¿no os aterraría,
aun sabiéndolo ilusión,
que, noche tras noche, la niña muerta del vestido azul
se metiera en vuestra cama y os diera un abrazo
pidiéndooos perdón por algo que os hizo?
¿Por qué la niña? ¿Por qué ese vestido?
Y el abrazo,
¿por qué?*

Brenda Ascoz

Brenda Ascoznació en Torrejón de Ardoz, Madrid, en 1974. Vive en Zaragoza, donde trabaja como enfermera especialista en salud mental. Ha escrito los libros de poemas *Llorona* (La Isla de Siltolá, 2016), *Ecorché* (Eclipsados, 2009) y *En Ajeno* (Chorrito de Plata, 2007), y la novela *Morbo* (Eclipsados, 2013), además de participar en diversas antologías de poesía y relato como *23 Pandoras* (Baile del sol, 2009), *Viscerales* (Ediciones del Viento, 2010) o *Tres heridas. Antología de la nueva poesía amorosa en España*, (Armenia, 2011).

Este poema pertenece al tercer poemario de Brenda Ascoz, *Llorona*. “Consuelo” refleja la intención de la autora, que se adivina desde el comienzo del libro con la cita de C. Lispector (“Yo no: quiero una verdad inventada”). Asistimos a la descripción de la realidad como un lugar donde se entrelazan momentos vinculados a un sufrimiento real como la pérdida de un hijo en “Una flor” (Lleva muerto casi un mes / y sin embargo, nuestro hijo, nuestra hija, / sigue sangrando. / Sangra en hebras, / sangra / a

pequeñas puñaladas, diminutos puñetazos en los riñones), con otros donde la perspectiva se torna más irreal, velados por la enfermedad, en “Apuntes de psiquiatría” (Sin embargo, / me visto para el psiquiatra / de daño, complejidad y abstracción). Aquí, presenciamos la resurrección de la tía que, a pesar de su vuelta a la vida, se encuentra de nuevo con un lugar de sufrimiento, en el que la alucinación provocada por la enfermedad le permite un acceso a una realidad más directa; no vislumbra un nuevo es-

tadio en su evolución, sino que parece que desde el otro lado viene a confirmar el malestar y el sufrimiento crónico al que debemos acostumbrarnos.

Las alucinaciones de esta anciana recuerdan los temores nocturnos infantiles que enlazan con la última imagen del poema, donde se entronca con una tradición de personificar a una imagen infantil con el terror, y que a pesar de sus gestos benevolentes solo parecen anunciar la presencia de algo más detrás de ellos.

Sonia Remiro